

la. Berthelier marchó al cadalso, Bonnivard transportado á Chillon encontró una cautividad horrorosa. Sujeto por medio del cuerpo á una cadena, cuyo extremo iba á unirse á un anillo de hierro clavado en un pilar, permaneció así seis años no teniendo mas libertad que la de lo largo de la cadena, y sin poderse acostar mas que donde ella lo permitía, dando vueltas siempre como una bestia feroz al rededor de su pilar, ahondando con sus pisadas el suelo, atormentado por el pensamiento de que su cautividad no serviría tal vez de nada á la independencia de su país y que Ginebra y él estaban condenados á una esclavitud eterna. ¿Cómo en una noche tan larga, que ningun rayo de luz venía á interrumpir, en que el silencio no era turbado mas que por el ruido de las olas que batían el muro del calabozo, ¡Dios mío! ¿cómo el pensamiento no mató á la materia ó la materia al pensamiento? ¿Cómo una mañana el carcelero no encontró á su prisionero muerto ó loco, cuando una sola idea, una idea eterna debía despedazarle el corazón y desgarrarle el cerebro? Y durante este tiempo, durante seis años, durante esta eternidad, ni un grito, ni un quejido atestiguan sus carceles, excepto sin duda cuando el cielo desencadenaba la tempestad, cuando la tempestad levantaba las olas, cuando la lluvia y el viento azotaban el muro, tal vez entonces su voz se perdía en la inmensa voz de la naturaleza; tal vez entonces vos solo, Dios mío, podiais distinguir su grito y su desesperacion: sus carceles no habian podido gozarse en su desesperacion y á la mañana siguiente le encontraban calmado y resignado pues la tempestad entonces se calmaba en su corazón como en la naturaleza. ¡Oh! sin esto, ¿sin esto, no se hubiera roto la cabeza contra su pilar? ¿No se hubiera estrangulado con su cadena? ¿Hubiese oído el día en que entraron en tumulto en su prision y que cien voces le decían á la vez:

—Bonnivard, eres libre.

—¿Y Ginebra?

—¡Libre!

Desde entonces la prision del mártir se ha convertido en un templo, el pilar en un altar. Todo el que tiene un corazón noble y ardiente por la libertad, se vuelve de su camino y viene á orar al sitio donde Bonnivard ha sufrido. Se hace uno conducir derecho á la columna donde por tanto tiempo estuvo encadenado; busca uno en su granítica superficie donde cada uno inscribe su nombre los caracteres que él ha grabado; se baja uno hácia el camino ahondado por sus pies para buscar su huella, se cuelga uno del anillo al cual estuvo atado, para probar si está sólidamente clavado aun con su argamasa de ocho siglos. Todas las ideas se pierden en aquel momento excepto la de que estuvo encadenado seis años... ¡seis años! es decir la novena parte de la vida de un hombre!

Una tarde en 1816, en una de esas hermo-

sas noches que Dios ha hecho solo para la Suiza, una barca avanzaba silenciosamente dejando en pos de sí un rastro brillante por los quebrados rayos de la luna. Se dirigió hácia el muro blanquecino del castillo de Chillon, atracó en la orilla sin ningun ruido como un cisne que la sube; un hombre bajó, pálido el rostro, ojos penetrantes, con la frente erguida y despejada, envuelto en una capa que le tapaba los pies; sin embargo, se notaba que cojeaba un poco; pidió que le enseñasen el calabozo de Bonnivard: largo tiempo permaneció solo en él y cuando se entró despues que él salió del subterráneo, se encontró en el pilar donde habia estado encadenado el mártir, un nombre nuevo cuya copia exacta es la siguiente:

## BYRON.

### UNA PESCA DE NOCHE.

Llegamos al medio día á Villeneuve.

Villeneuve, que los romanos llamaban *Penilucus*, está situada á la estremidad oriental del lago de Lemán. El Ródano, que baja de la Furca, donde toma su nacimiento, pasa una media hora del camino de la pequeña aldea, que marca los límites del cantón de Vaux, que adelantándose su puerta, se estiende cinco leguas mas allá, y separa el cantón de Vaux del país Valesano.

Un celerifero, que espera á los pasajeros del barco de vapor, los conduce la misma tarde á Bex, donde duerme uno ordinariamente. La hora de delantera que habia ganado viniendo por tierra me permitió el recorrer hasta el punto en que el Ródano dividiéndose en dos ramales, se precipita gris y arenoso en el lago; para dejar en él todo su cieno y salir puro y azulado en Ginebra despues de haberle atravesado en toda su longitud.

Luego que volví á Villeneuve, el carruage estaba dispuesto para marchar; cada uno habia tomado su sitio, y me habian dejado como ausente aquel que creian ser peor, y que yo por mi hubiese escogido como mejor. Me habian colocado con el conductor en el primer cabriolé, donde nada me libertaba del viento de la tarde, pero tampoco nada impedía el ver el país.

Es un hermoso golpe de vista á través del horizonte azulado de los Alpes, este valle abierto sobre el lago en una anchura de dos leguas

y que va estrechándose hasta llegar á San Mauricio, á punto de que una puerta le cierra entre el Ródano y la montaña. A derecha é izquierda del río, y de media en media legua parecen y desaparecen pueblecitos vaudeses y valesanos, sin que la rapidez de nuestra marcha nos permitiese ver otra cosa que su atrevida y pintoresca situacion sobre la falda de la montaña; donde los unos casi á punto de resbalar-se sobre un rápido declive, escalonado de vidés, los otros fijos en una plataforma rodeado de abetos negros parecidos á nidos de pájaros ocultos en las ramas; algunos dominando un precipicio, y no dejando adivinar el camino que conduce á ellos. Luego en el fondo del paisaje, y dominando todo esto á la derecha el Diente de Morele, rojo como un ladrillo que sale del horno, elevándose siete mil quinientos noventa pies sobre nuestras cabezas; á la derecha su hermano el Diente de Mediodía ostentando su cabeza blanca de nieve á ocho mil quinientos pies entre las nubes; ambos á dos tersamente iluminados por los últimos rayos del sol se destacan sobre un cielo azul. El Diente del Mediodía por una nube de un sonrosado claro, el Diente de Morele por su color rojo encendido. Me aquí, de lo que yo gozaba en castigo de haber llegado tarde, mientras que los de adentro, cerrados herméticamente los cristales se alegraban de haber escapado del frío de la atmósfera que yo no sentía y al través de la cual me parecia encontrarme en un país de encantadoras.

Al anochecer llegamos á Bex. El carruage se paró á la puerta de una de esas bonitas fondas que no se encuentran mas que en Suiza. En frente habia una iglesia cuya fundacion, como la de casitodos los monumentos religiosos del Valaix parecen por su estilo romano, haber sido obra de los primeros cristianos.

La comida nos esperaba. Encontramos el peseado tan delicado, que pedimos nos lo pusieran y lo encargamos para el almuerzo del día siguiente. Cito este hecho tan insignificante, porque este encargo me hizo asistir á una pesca que me era completamente desconocida y que no he visto hacer mas que en el Valés.

Apenas hubimos manifestado este deseo gastronómico, cuando la dueña de la posada llamó á un muchachon de diez y ocho á veinte años, que parecia desempeñaba las funciones de ayudante de cocina, limpia-botas, y hacia los recados como criado. Llegó medio dormido y recibió la orden, á pesar de expresivos bostezos, única especie de oposicion que se atrevia á hacer el pobre diablo á la interpelacion de ir á pescar algunas truchas para el almuerzo del señor, indicándome á mí con el dedo. Mauricio, este era el nombre del pescador, se volvió hácia mí, y me echó una mirada de pereza, tan llena de inesplicable reconvenccion que me conmovió al considerar lo que iba á sufrir para no desesperarse, viéndose obligado á obedecer. Sin embargo, dije yo, si esta

pesca debía incomodar mucho al muchacho (el semblante de Mauricio se iba animando á medida que mis frases tomaban un sentido favorable á sus deseos); si esta pesca, continué... La dueña me interrumpió: Bah! bah! es negocio de una hora, el río está á dos pasos; vamos, holgazan, toma tu linterna y tu hoz, añadió dirigiéndose á Mauricio, que habia vuelto á caer en la resignada apatia habitual en las gentes hechas para obedecer.—Despáchate.

—*Tu linterna y tu hoz* para ir á la pesca... Desde entonces Mauricio se perdió, pues me vino un deseo irresistible de ver una pesca que se hace como una corta de leñas. Mauricio exhaló un suspiro al pensar que ya no le quedaba mas esperanza que Dios, pero Dios le habia visto ya tantas veces en semejante situacion, sin procurar sacarle de ella, que no era probable hiciese entonces un milagro en su favor.

Tomó entonces con una energía que rayaba en desesperacion, una hoz que estaba colgada entre los instrumentos de cocina, y una linterna cuya forma merece una detallada descripcion.

Era un globo de cuerno como las lámparas que nosotros suspendemos en nuestras antesalas ó nuestras alcobas, al cual habian añadido un tubo de hoja de lata de la forma de un mango de escoba. Como este globo estaba herméticamente cerrado, la mecha que ardia en el interior de la linterna no recibia aire mas que por lo alto del conducto, evitándose asi que fuese apagado por el viento ó por la lluvia.

—¿Con que venís? me dijo Mauricio despues de haber hecho sus preparativos, y viéndome que me preparaba á seguirle.

—Ciertamente, respondi: esa pesca me parece original.

—Sí, sí, murmuró entre dientes: es muy original, ver á un pobre diablo chapuzarse en el agua hasta la barriga, cuando deberia estar durmiendo en aquella misma hora sobre un buen monton de heno. ¿Quereis una hoz y una linterna? Asi pescareis tambien y habrá eso mas de original.

Un *¿Qué haces por ahí todavía? pesado!* que salió del cuarto inmediato, me evitó responder con una negativa á la oferta de Mauricio, que encerraba en sí mas ironia que deseo de proporcionarme una diversion. Al mismo tiempo se oyeron inmediatos los pasos del ama de la posada que acompañaba su venida refunfuñando y no presagiando nada bueno para el que tardaba en salir. Lo conocí tan bien que á todo trance abrió rápidamente la puerta; salió y la volvió á cerrar sin aguardarme, tal prisa tenia de poner dos pulgadas de pino entre su pereza y la cólera de nuestra graciosa posadera.

—Soy yo, dije abriendo la puerta y siguiéndome con los ojos la linterna que lucía á

cuarenta pasos de mí: yo soy el que ha detenido á este pobre muchacho preguntándole sobre la pesca, con que así no teneis que reírle, y eché á correr cuanto pude tras el de la linterna, á quien ya apenas veía.

Como mis ojos se hallaban fijos en una línea horizontal, tanto temía perder de vista mi precioso faro, apenas había dado diez pasos cuando se me enredaron los pies en las cadenas que colgaban de nuestro celerífero, que con un ruido horrible caí rodando en medio del camino á cuyo extremo divisaba mi estrella polar. Esta caída, cuyo ruido llegó hasta Mauricio, lejos de detenerlo pareció darle más fuerza para correr, porque conocía que ahora tenía que temer dos cóleras en lugar de una. La malhadada linterna, cual un fuego fátuo se alejaba rápidamente á medida que corría uno tras de ella. Había perdido cerca de un minuto en caer, en levantarme y en palparme, á ver si me había roto algo. Durante este tiempo, Mauricio había adelantado terreno y comenzaba á perder la esperanza de alcanzarlo: hallábase amostazado con mi caída, dolorido todo el cuerpo con el golpe que había dado en el suelo con las rodillas y el carrillo izquierdo: conocía la necesidad de ir más despacio y no quería esponerme á dar un segundo porrazo. Todas estas reflexiones instantáneas, la vergüenza, el dolor, la sangre que se me subía á la cabeza, me hicieron salir de mis casillas; me paré en medio del camino, di una patada y con voz sonora aunque conmovida pronuncié una de esas terribles interjecciones que eran mi último recurso.

—Mauricio, paraos, aguardarme ¡caramba!

Parece que la desesperación había dado á aquella corta pero enérgica interjección un aire de amenaza tal, que oyéndola Mauricio se detuvo y la linterna pasó de su estado de agitación á un estado de inmovilidad que la hizo parecer una estrella fija.

—¡Caramba! le dije aproximándome á él y estendiendo las manos y los pies con precaución delante de mí, es vd un demonio: oye vd. que doy un porrazo capaz de romper el empedrado de la aldea y echa vd. á correr para que yo no vea, mas de prisa con la linterna. Mirad, y le enseñaba mi pantalón roto; tocad, mirad, y le hacía ver mi carrillo arañado: me he hecho un mal terrible con las cadenas del celerífero que habeis dejado en el suelo delante de la puerta de la posada: eso es inaudito, al menos se ponen faroles. Mirad, mirad, ¡bonito me he puesto!

Mauricio miró todas mis rozaduras, escuchó todos mis lamentos, y cuando hubo concluido de sacudir el polvo de mis vestidos y estirpar una docena de chinitas incrustadas como un mosaico en la palma de mis dos manos:

—Eso es lo que se gana, me dijo, con ir de pesca á las nueve y media de la noche; y siguió con la mayor flema su camino.

Había verdad en el fondo de esta egoísta respuesta, así es que no juzgué á propósito desenvolver el argumento aunque era fácil contestarle. Continuamos pues, cerca de diez minutos casi, andando sin proferir una sola palabra, en el círculo de la vacilante luz que en derredor nuestro despedía la maldita linterna. Al cabo de este tiempo se paró Mauricio.

—Ya hemos llegado, dijo. En efecto, oía yo quebrarse en una especie de barranco las aguas de un arroyuelo, que bajaba de la vertiente occidental del monte Cheville, y que atravesando el camino por debajo de un puente que comenzaba á divisar iba á perderse en el Ródano, distante de allí unos doscientos pasos.

Mientras hacia estas observaciones yo, Mauricio hacía sus preparativos. Consistían estos en quitarse sus zapatos y sus botines, bajarse los pantalones y remangarse su camisa arrollándola y sujetándola con alfileres al rededor de la chaqueta. Este pelage le daba el aire de un retrato de cuerpo entero de Holbein ó de Alberto Durer. Mientras yo lo contemplaba se volvió hácia mí.

—¿Quereis hacer lo mismo? me dijo.

—¡Vais á meteros en el agua!

—¿Cómo quereis tener truchas para vuestro almuerzo sino voy á buscarlas?

—Pero es que yo no quiero pescar.

—Pero venis para verme pescar, ¿no es verdad?

—Sin duda.

—Entonces quitaos vuestro pantalón. Al menos que no querais meteros vestido en el agua. De gustos no hay nada escrito.

Entonces bajó el barranco pedregoso y escarpado en cuyo fondo mugía el torrente y donde debía verificarse la milagrosa pesca.

Le seguí dando traspiés sobre los guijarros que caían rodando al pisarlos, y agarrándome á él que estaba derecho y firme como una estaca. Apenas habíamos bajado como unos treinta pies en aquella rápida y movediza pendiente, cuando Mauricio vió que tendría muchísimo trabajo en andar yo por allí sin apoyarme en él.

—Tomad, me dijo, llevad la linterna.

La cogí sin dar lugar á que me lo dijese segunda vez. Entonces con la mano que le dejaba libre me agarré por debajo del brazo con una fuerza que yo creía imposible en cuerpo al parecer tan débil, fuerza de montañés que tantas veces he admirado en iguales circunstancias hasta en niños de diez años: me sostuvo y me guió en esta peligrosa bajada su instinto de bueno y fiel guía, venciendo el rencor que hasta entonces me había mostrado, y lo hizo tan bien, que gracias á su ayuda llegué sin accidente alguno hasta la orilla del agua. Metí la mano en ella, estaba helada.

—¿Vais á echaros dentro? le dije á Mauricio.

—Sin duda, respondió cogiendo la linterna de mis manos, y metiendo un pie en el torrente.

—Pero esta agua está helada, le repliqué, deteniéndole por el brazo.

—Sale de la nevera á una media legua de aquí, me respondió sin comprender el verdadero sentido de mi exclamación.

—Pero es que yo no quiero que os metais dentro del agua, Mauricio.

—¿No habeis dicho que querais comer truchas mañana en vuestro almuerzo?

—Sí, sin duda, lo he dicho, pero sin saber que para satisfacer mi capricho, era preciso que un hombre... que vos, Mauricio, os metiéscis hasta la cintura en este torrente helado, á riesgo de moriros dentro de ocho días de un ataque al pecho ó de una pulmonía. Vamos, volvámonos, volvámonos, Mauricio.

—Y el ama, ¿qué dirá?

—Yo me encargo de responderla, Mauricio, vámonos.

—No puede ser: y metió en el agua la otra pierna.

—¿Cómo! ¿Por qué no puede ser?

—Ya lo creo, porque no sois vos solo el que querrá truchas. Yo no sé por qué, pero á todos los viajeros les gustan las truchas, un mal pescado lleno de espinas! En fin, cada cual tiene su gusto.

—Y bien, ¿qué quiere decir eso?

—Quiere decir, que si no se necesitan para vos, se necesitarán para otros, y que ya que estoy aquí, es preciso echar el pecho al agua y pescar en seguida. Ya veis, otros viajeros hay á quienes les gusta el gamo, y dicen algunas veces: queremos comer gamo mañana al volver de las salinas. ¡Gamo! ¿Una carne mala, negra? Tanto valdría comer macho cabrío. En fin, no importa. Entonces, cuando desea esto el ama llama á Pedro, como ha llamado á Mauricio cuando habeis dicho, quiero comer truchas. Pedro es el cazador, así como yo soy el pescador. Y le dice á Pedro: Pedro, hace falta un gamo, como me ha dicho á mí: Mauricio, me hacen falta truchas. Pedro responde, está muy bien: coge la escopeta al hombro, sale á las dos de la madrugada, atraviesa por ventisqueros en cuyas grietas cabría esta aldea entera. Trepa por rocas en donde os rompierais cien veces la crisma, á juzgar por la buena maña con que habeis bajado por esta cuestecilla, y despues, á las cuatro de la tarde vuelve con una res á la espalda, ¡hasta que un día no vuelva!

—¿Pues cómo?

—Si, Juan que estaba en la casa antes que Pedro, se mató y José que estaba también antes que yo, murió de una enfermedad como la llamábais hace poco, de una pulmonía... pues bien, eso no me impide pescar truchas y tampoco impide á Pedro cazar gamos.

—Pero yo había oído decir, le repliqué con asombro, que esos ejercicios eran placeres para los que se entregaban á ellos, placeres que degeneraban en una irresistible necesidad; que había pescadores y cazadores que

buscaban estos peligros como diversiones, que pasaban la noche en los montes para cazar los gamos á espera, que dormían en la orilla de los rios, para echar sus redes al amanecer.

—¡Ah! si, dijo Mauricio con un acento profundo de que yo le creía incapaz. Si, verdad es, hay algunos así.

—¿Pero cuál es?

—Los que cazan y pescan por su cuenta.

Dejé caer mi cabeza sobre el pecho, sin cesar de mirar á aquel hombre, que sin saberlo acababa de echar un juramento tan amargo en la desigual balanza de la justicia humana. En medio de aquellas montañas, en aquellos Alpes, en aquel país de las altas nieves, de las águilas y de la libertad, se abogaba así, sin esperanza de ganarla, por la gran causa de los que no poseen contra los que poseen. Allí también había hombres enseñados como los cormoranos y los perros de caza, á llevar á sus amos la pesca y la caza, á cambio de un pedazo de pan. Cosa extraña, por que ¿quién impedía á aquellos hombres el cazar y pescar? El hábito de obedecer... En los mismos á quienes se quiere dar la libertad, se encuentran los más grandes obstáculos para la misma.

Durante este tiempo Mauricio, que no se cuidaba de las reflexiones que me había suscitado su respuesta, se había metido en el agua hasta la cintura y comenzaba una pesca de que no tenía idea alguna yo, y que apenas hubiera creído posible á no haberla visto. Solo entonces comprendí de que le servían los instrumentos de que yo le había visto armarse en lugar de la caña ó de la red.

En efecto, aquella linterna con su largo tubo, hallábase destinada á explorar el fondo del torrente y por lo alto del tubo que quedaba fuera del agua, penetraba en lo interior del globo la cantidad de aire necesaria para mantener encendida la luz. De esta manera el fondo del rio se hallaba circularmente iluminado con un gran resplandor confuso y pálido que se iba debilitando á medida que se alejaba de su centro luminoso. Las truchas que se encontraban en el círculo que abrazaba aquel resplandor, no tardaban en aproximarse al globo, como hacen las mariposas y los murciélagos atraídos por la luz, tropezaban en la linterna y daban vueltas á su derredor. Entonces levantaba Mauricio poquito á poco la mano izquierda en que tenía la luz: las truchas fascinadas por el resplandor la seguían en su movimiento de ascensión, despues en cuanto salía la trucha á flor de agua, con la mano derecha armada con la hoz hería al pescado en la cabeza, y siempre con tal destreza, que aturdido por la violencia del golpe, caía al fondo del agua, para volver á subir muy pronto muerto y ensangrentado, y pasar incontinentemente á un saco que llevaba al cuello colgado Mauricio, como el mor-

ral de un cazador. Atónito me encontraba: aquella inteligencia superior de que tan orgulloso me hallaba aun no hacia cinco minutos habia quedado confundida: porque es evidente que si la vispera aun, me hubiese encontrado en una isla desierta con truchas en el fondo de un rio por todo alimento, y no teniendo para pescarlas mas que una linterna y una hoz, esta inteligencia superior no me hubiera impedido probablemente el morir de hambre.

Mauricio no sospechaba siquiera la admiración que acababa de inspirarme y continuaba en aumentar mi entusiasmo con las repetidas pruebas de su habilidad, eligiendo como un propietario en su vivero las truchas que le parecían mas hermosas, dejando dar vueltas impunemente alrededor de la linterna á las pequeñitas que no le parecían dignas de la sarten ó de la mayonesa y salsa blanca. En fin, ya no pude contenerme mas, me quité los pantalones, las botas y las medias, me planté un trage de pescador sobre el modelo de Mauricio, y sin pensar que el agua estaba á dos grados sobre cero, sin atender á que las piedras me destrozaban los pies, fui á coger de mano de mi acompañante la hoz y la linterna en el momento mismo en que se presentó una magnífica trucha. La atraje á la superficie con las precauciones que habia visto emplear á mi predecesor y en el momento en que la tuve á tiro, la apliqué en medio del lomo por miedo de que se me escapase un golpe tal con la hoz que hubiera podido partir un tronco.

La pobre trucha volvió á subir partida en dos pedazos.

Cogiola Mauricio, la examinó un instante, y la volvió con desdén á arrojar al agua diciendo: Esta es una trucha deshonrada.

Deshonrada ó no, yo contaba con almorzar aquella y no otra; en su consecuencia volví á pescar mis dos fragmentos que se marchaban cada cual por su lado, y me volví á la orilla: ya era tiempo. Tiritaba con todos mis miembros, y daba diente con diente.

Siguióme Mauricio. Tenia su contingente de pescado. Habíanle bastado tres cuartos de hora para pescar ocho truchas; nos vestimos, y tomamos rápidamente el camino de la posada.

—¡Cáspita! me decia yo al volver, si alguno de mis treinta mil conocimientos parisienses hubiese pasado, lo que hubiera sido posible, por el camino donde hace un instante me entregaba al ejercicio de la pesca, y me hubiese conocido y visto en medio de un torrente helado con el extraño trage que me habia visto obligado á adoptar, con una hoz en la mano y una linterna en la otra, estoy muy seguro de que día por día al cabo del tiempo necesario para su vuelta de Bex á Paris, y á la llegada de los periódicos de Paris á Bex, hubiera tenido la sorpresa de leer en el primer papel que me hubiese caído en las manos, que el autor de *Antoni* habia tenido la desgracia de volver-

se loco en su viage por los Alpes, lo que, no hubieran dejado de añadir, es una pérdida irreparable para el arte dramático.

Haciéndome todas estas reflexiones, que entretenían mi creciente congelación, pensaba yo en un pozo que habia en el fogón de la cocina y sobre el que, en el momento que yo habia salido de la posada, se estiraba á cuarenta y cinco grados de calor, un soberbio gato, cuya incombustibilidad habia admirado, y me decia: en cuanto llegue voy derecho al fogón de la cocina, echo de allí al gato y me pondré sobre su pozo.

En efecto, dominado por esta idea, que me daba ánimo dándome esperanza, apreté el paso, y como para calentarme provisionalmente los dedos, me habia provisto de la linterna, llegué sin novedad alguna, á pesar de mi acelerado paso, á la puerta de la posada en cuyo interior debia encontrar el bienaventurado pozo objeto en aquel momento de todas mis aspiraciones. Llamé como hombre que no tiene ni tiempo ni ganas de que le hagan aguardar. Vino á abrirnos la posadera misma, pasé por cerca de ella cual una aparición, atravesé el comedor como si me persiguiesen y me lancé en medio de la cocina.

¡Estaba apagado el fuego!....

En el mismo instante, oí al ama del hotel, que me habia seguido lo mas pronto que habia podido hacerlo, preguntar á Mauricio: ¿qué es lo que tiene ese caballero?

—Creo que tiene frío, respondió Mauricio.

Diez minutos despues me hallaba en una cama muy abrigada templada con un calentador y al alcance de mi mano un buen vaso de vino caliente, habiéndole parecido los síntomas de mi mal bastante alarmantes para atacarlos con tónicos y revulsivos.

Gracias á este enérgico remedio no tuve mas que un fuerte resfriado.

Peró tambien he tenido el honor de ser el primero en descubrir y comprobar un importante hecho para la ciencia y que me agradecerán seguramente el Instituto y la cocina parisiense; y es que en el Valais se pescan las truchas con una hoz y una linterna.

#### LAS SALINAS DE BEX.

A la mañana siguiente, despues de haber comido el trozo delantero de mi trucha me puse en camino para las salinas.

Mauricio con el que me habia enteramente reconciliado, me indicó una vereda que saliendo del jardín mismo de la posada conduce al establecimiento de explotación por un camino

mas corto y mas pintoresco. La primera cuesta, que es bastante penosa, pero en que á cada paso que se dá se ensancha el paisaje una vez subida, dá principio á una senda que atraviesa un bosque de hermosos castaños que escitan la golosina de los viajeros. A su vista me recordé mi antiguo oficio de merodeador, y con el auxilio de una gruesa piedra que arrojé con toda mi fuerza contra el tronco del árbol que hallé mas á mano, hice caer una verdadera lluvia de castañas. Como estaban encerradas en sus conchas erizadas de espinas, procedí inmediatamente á sacarlas por el método tan conocido de todos los colegiales, y consiste en hacerlas rodar con cuidado entre la tierra y la bota, hasta que la presión combinada con la rotación da un feliz resultado. A los diez minutos tenia ya mis bolsillos llenos y continuaba mi camino mascando las *castañas molles*, cual pudiera haberlo hecho una ardilla ó un pastor de Virgilio.

Gran receta y admirable es esta contra el cansancio y el fastidio, y como tal la indico aquí á todo viajero terrestre que no halla en el camino distracción alguna. En cuanto á mí, este es el método que he empleado, y que me prometo emplear en mis nuevas escursiones. Para ocupar mi alma llevaba yo de reserva en mi cabeza tres ó cuatro odas de Victor Hugo ó de Lamartine que repetía en voz alta, volviéndolas á empezar cuando las habia concluido, terminando por no comprender el sentido de las palabras deliciosamente halagado con la embriaguez del número y de la armonía. Para dar trabajo á mi caballería atasqué todos mis bolsillos con cuantas castañas y nueces pudieran caber en ellos; despues, sacándolas una á una las iba mondando con la punta de mi cortaplumas, con la meticolosa paciencia y el cuidado de un artista que esculpiese la cabeza de Voltaire sobre un bastón de boj. Merced á estos dos recursos el tiempo y la distancia cesaban de dividirse por horas y por leguas. En fin, si alguna mala disposición del alma me quitaba la memoria, si los árboles que habia á la orilla del camino no me ofrecían su fruto, cogía y hacia rodar con el pie y con perseverancia alguna piedrecilla, y esto venia á ser absolutamente lo mismo para mí distracción.

Llegué á las salinas sin saber el tiempo que habia gastado en el camino. Los mineros mismos son los que por turno en las horas de descanso se encargan de acompañar á los viajeros. Me dirigí á uno de ellos; inmediatamente tomó sus disposiciones para nuestro pequeño viage: consistían estas en poner á cada cual en la mano un farolito encendido y en el bolsillo una pajueta, eslabon y yesca. Hechos estos preparativos y tomadas estas precauciones nos dirigimos hácia una entrada abierta á pico en la montaña y cuyo orificio coronado de una inscripción indicando el día en que se habia dado el primer golpe de pico en la mon-

taña, presentaba una abertura de ocho pies de alto sobre cinco de ancho.

Entró el primero mi guía en el subterráneo, y yo le seguí: la galería por la que caminábamos penetra atrevidamente y en línea recta en la montaña abierta á pico por todas partes con la misma proporción de ancho y alto que hemos citado. De trecho en trecho inscripciones marcan los progresos anuales de los mineros, que tan pronto han tenido que horadar la roca viva donde se embotaban las mejor templadas herramientas y tan pronto una tierra blanda que á cada minuto amenazaba á los trabajadores con sepultarlos vivos en un hundimiento, y en la que no podían adelantar sino revistiendo la galería con madera sostenida por puntales. Esta galería tiene á ambos costados dos arroyuelos que corren por canales de madera. El que yo tenia á la derecha contenía el agua salada y el que tenia á mi izquierda agua sulfurosa, de que da cierta cantidad la montaña y que se separa cuidadosamente de la otra. En cuanto al terreno sobre que se camina es una prolongación de tablas resbaladizas de diez y ocho pulgadas de ancho y unidas por los extremos. Apenas se han andado diez pasos en esta galería, cuando se encuentra á su derecha una escalerita compuesta de algunos peldaños: conduce al primer depósito, que tiene nueve pies de alto sobre ochenta de circunferencia: el líquido que encierra contiene cinco ó seis partes de materias salinas sobre cien partes de agua.

A unos veinte y cinco pasos mas lejos y siempre en dirección de la misma galería, se llega al segundo depósito: subese á él como al primero por algunos escalones de madera que la humedad ha hecho muy resbaladizos: tiene como el otro nueve pies de profundidad, pero con doble circunferencia, y sus aguas contienen veinte y seis partes de materias salinas en lugar de cinco.

Uno de los ecos mas notables que he oído en mi vida, despues del de la Simoneta, cerca de Milan, que repite ciento tres veces las palabras que en él se dicen, es sin contradicción alguna el del segundo depósito. En el momento de bajar á la segunda galería, mi guía me cogió por el brazo, y sin prevenirme nada, dió un grito: creí que la montaña se venia encima de nosotros, tan terrible fué el ruido y el rumor de que se llenó la caverna; mas de un minuto pasó antes de que se perdiere el último estremecimiento de aquel eco tan violentamente despertado. Oíasele rugir sordamente al chocar en las cavidades de la roca, cual un oso sorprendido que se hunde en las últimas profundidades de su cueva. Hay algo de horroroso en esta atronadora repercusión del eco de la voz humana en un lugar á donde no debia llegar, y donde la del mismo Dios no deberia resonar sino en el día del último juicio.

Volvimos á ponernos en camino, y á poco

tiempo mi guía abrió una balastrada redonda colocada á nuestra derecha, y poniendo el pie en el primer escalon de una escalera que se hundia perpendicularmente en un abismo, me preguntó si queria seguirle. Le invité á que bajase primero á fin de que yo pudiese apreciar la facilidad del camino: bajó en consecuencia todo el largo de una primera escala apoyada en un terraplen en donde empezaba una segunda escalera que conducia mas abajo aun. En aquel primer descanso me dijo: que el pozo en donde habiamos entrado contenia un manantial de agua salobre que los viajeros acostumbraban á visitar. No senti curiosidad por el fenómeno que se me prometia, encontraba que el camino para llegar á él estaba bastante mal alumbrado y bastante trabajoso.

Sin embargo, una mala vergüenza pudo mas en mí, coloqué á mi vez el pie sobre el primer escalon: el guía que vió mi movimiento, lo imitó inmediatamente y comenzamos á bajar él por la segunda y yo por la primera escalera; él con la indiferencia de un hombre habituado á aquella expedicion, y yo contando escrupulosamente uno á uno los escalones que bajaba.

Al cabo de cinco minutos de este ejercicio y habiendo llegado al escalon doscientos setenta y cinco, me detuve en medio de la escalera, y mirando hácia abajo vi á mi guía que arreglaba su bajada siempre por la mia, manteniéndose á igual distancia de mí como habiamos estado al empezar á bajar. El farol que llevaba iluminaba en derredor de él la húmeda y brillante pared de la roca: empero debajo de sus pies todo era oscuridad, y únicamente divisaba la punta de otra escalera que indudablemente me indicaba que aun no estábamos al fin de nuestra bajada. Viéndome parado se paró tambien mi guía: yo mirando hácia abajo, él mirando hácia arriba.

—¿Qué es eso? me dijo.

—Decídme, amigo, respondi: haciéndole al mismo tiempo una pregunta ¿nos falta mucho para llegar al fin de esta diversion?

—Hemos andado un poco mas de la tercera parte del camino.

—¿Ah! ¿con que aun tenemos que bajar sobre unos cuatrocientos cincuenta escalones?

Bajó el guía la cabeza para echar mejor su cálculo, y despues de un instante la volvió á levantar.

—Cuatrocientos cincuenta y siete, dijo. Hay cincuenta y dos escaleras seguidas, las primeras cincuenta y una á catorce pies cada una y la última á diez y ocho.

—Lo que hace, segun decis, una profundidad de cuatrocientos cincuenta y siete pies debajo de mí.

—Cabal.

—De modo que si se rompiese la escalera...

—Caeriais de una altura de cien pies mas que si cayeseis desde la veleta de la torre de Strasburgo.

Aun no habia acabado estas palabras cuando convencido yo de que no estaban de mas mis dos manos para prevenir en cuanto de mí dependiese aquel accidente, solté el farol para agarrarme con toda mi fuerza á la escalera flexible, á la que me habia pegado como una lapa sobre una roca del mar. Tuve el placer de ver rodar por aquellos abismos mi farol y oír al cabo el sordo ruido que produjo su caída en el agua y que me anunció que acababa de llegar á donde nosotros íbamos.

—¿Qué es eso, me dijo el guía?

—Un vahido, nada mas.

—¿Qué diablos! cuidado con eso, que no es nada sano en este país.

Tal era tambien mi parecer: en consecuencia sacudi la cabeza como un hombre que se despierta y me puse á bajar con mas precaucion aun que antes si esto era posible: como me habia quedado sin luz, me reuní á mi guía que brillaba orgullosamente sobre su escalera cual un gusano de luz sobre la yerba y continuamos bajando. Al cabo de diez minutos habiamos llegado al pie de la escalera cincuenta y dos, sobre un reborde gredoso, y un pie mas abajo se hallaba el agua. Buscaba yo en su superficie mi desventurado farol: á lo que parece se habia sumergido.

Al llegar allí me apercibi de una cosa en que no me habia dejado pensar mi anterior preocupacion de espíritu, y es que apenas podia respirar; pareciam que aquellas estrechas paredes me apretaban el pecho como en una pesadilla y me ahogaban. En efecto, el aire exterior no llegaba hasta nosotros sino por la abertura de la puerta de entrada y nos hallábamos, como ya he dicho, á setecientos treinta y dos pies bajo el nivel de la galeria; y como la galeria misma está á novecientos pies casi de la cumbre de la montaña, tenia en aquel momento mil quinientos ó mil seiscientos pies de tierra sobre la cabeza: con menos hay para ahogarse.

El mal estar que sentia perjudicó mucho á la atencion que debia prestar á mi guía, que me esplicó los diversos trabajos de minas que habia habido que hacer para llegar hasta donde nos hallábamos. Recuerdo, sin embargo, que me dijo que la esperanza de hallar un manantial mas abundante habia determinado aun el hacer una escavacion mas profunda, que se verificaba con el auxilio de una sonda que habia llegado ya á ciento cincuenta pies, cuando se encontró detenida por un obstáculo que no pudo vencer y en el que todos los instrumentos y barrenas de acero se embotaron. Pensaron los trabajadores que algun enemigo de la explotacion habia mientras comian ó descansaban los mineros echado una bala de cañon en el tubo y que en esta bala consistia el obstáculo.

Sin embargo, tal como está este manantial que es el mas fuerte de todos, pues que contiene veinte y ocho partes de materias salinas

sobre cien partes de agua, es bastante abundante. Cada cinco años se vacia el pozo y se reduce por la mezcla del agua ordinaria el liquido que de él se saca á veinte y dos partes de materia salina únicamente, grado que necesita esta agua para poderla hacer hervir. Los demas manantiales al contrario, que mas débiles no contienen mas que seis partes de materia salina sobre ciento de agua, refuerzan su principio salino corriendo á través de espinos en donde se elabora una evaporacion de la parte acuosa que aumenta en otro tanto la materia salina.

Dadas estas esplicaciones mi guía volvió á poner el pie sobre la escalera, y confieso que con cierto placer le vi comenzar su salida, que inmediatamente fué seguida de la mia. Las dos se verificaron sin el menor accidente, y con placer me hallé sobre el terreno mas sólido de la galeria. Continuamos penetrando en aquel inmenso corredor horadado en linea tan recta que cada vez que nos volviamos podiamos ver la entrada iluminada por los rayos del sol, disminuyendo gradualmente de anchura y de altura al paso y medida que nos alejábamos de ella. A cuatro mil pies de la entrada la galeria hace un recodo; antes de doblarle me volví por última vez: brillaba aun la luz á la estremidad de este largo tubo, pero débil y aislada cual una estrella en la noche: di un paso y desapareció.

Al cabo de otros cuatro mil pies casi se llega al filon de la sal fosil; allí se ensancha el subterráneo y se encuentra uno bien pronto en una inmensa cavidad circular. Todo lo que los hombres han podido arrancar á los anchos costados de la montaña, se lo han arrancado; en tanto que la tierra ha conservado un principio salino, la han escavado avariciosamente para llegar al fin. Así véense por todas partes nuevas galerias comenzadas, abandonadas despues, parecidas á nichos de santos ó celdas de ermitaños. Hay algo de triste en aquella pobre cantera vacia, cual una casa saqueada de que se han dejado abiertas todas las puertas.

Algunos pasos de allí, un rayo de luz exterior ilumina una gran rueda vertical de treinta y seis pies de diámetro puesta en movimiento por una corriente de agua dulce que cae de la montaña. Esta rueda mueve bombas destinadas á extraer de los pozos el agua salada y el agua sulfurosa, y á llevarla a la altura de las canales que la sacan fuera de la mina. Este rayo de luz llegaba á nosotros por un respiradero casi circular abierto con el objeto de renovar el aire interior de la mina y que va á parar verticalmente á la cumbre de la montaña. Mi guía me aseguró que con el auxilio de aquel inmenso telescopio se podia aun en buen tiempo distinguir las estrellas á las doce del día. Precisamente no habia ninguna nube en el cielo aquel día; miré con la mas escrupulosa atencion durante diez minutos, al cabo de los cuales me convencí de que habia en la

ascension del valesano mucho amor propio nacional.

Mi situacion debajo del respiradero habia tenido al menos un resultado, el de llenarme el pecho de un aire puro mas que el que absorbía hacia media hora, asi es, que hecha mi provision, continué mi camino con mas ánimo. Bien pronto se paró mi guía para preguntarme si preferia irme por la salida de arriba ó la salida de abajo: preguntéle qué diferencia habia entre aquellas dos salidas: me respondió que por la primera habia cuatrocientos escalones que subir y por la segunda setecientos escalones que bajar. Inmediatamente me decidí por subir los cuatrocientos escalones: me acordaba de mi pozo, y por entonces me habia satisfecho bastante un esperimento de aquella especie.

Llegados á lo último de la escalera, descubrimos al pie de la galeria la luz del sol. Confieso que me agradó mucho aquella vista; habia andado tres cuartos de legua por la mina, y encontraba el camino muy curioso, pero un poco de espuesto.

La salida hácia que nos dirigimos desemboca un valle angosto é inculto. Nos dirigimos por un sendero bastante rápido, que nos llevó á parar al cabo de media hora á la puerta por donde habiamos entrado. Aquel era el momento de ajustar mis cuentas con el guía; tenia que pagarle un viage y un farol; calculé ambas cosas en seis francos, y conocí por su agradecimiento que quedaba generosamente recompensado.

A las once de la mañana ya estaba yo en Bex de vuelta. Era muy temprano todavia y determiné continuar la jornada. Martigny, en donde me proponia hacer noche, no distaba mas que cinco leguas y media, asi es que no me paré en la posada mas que para cargar mi saco y coger mi baston. El primer pueblo que se encuentra saliendo de Bex es San Mauricio. Debe este nombre al gefe de la legion Tebana, que allí padeció el martirio con seis mil seiscientos soldados (1), antes que renegar de la religion de Jesucristo.

(1) Segun el autor del libro de *Gestis Francorum* y 666 segun la leyenda del monge de Aganne. Adon, arzobispo de Viena, en su *Compendio de la Vida de los Santos*, sigue tambien esta última opinion. Venancio Fortunato, obispo de Poitiers, celebró en el año 590 esta gloriosa muerte con un poema, del que extractamos los siguientes disticos:

Turbine sub mundi cum persequerantur iniqui  
Christicolasque daret saeva procella neei,  
Frigore depulso succedens corda peregit  
Rupibus in gelidis fervida bella fide.  
Quo, fue Maurici, ductor legionis opimae,  
Traxisti fortes subdera colla viros,  
Quos positus gladiis armarunt dogmata Tauti  
Nomine pro Christi dulcius esse mori.  
Pectore belligero poterant qui vincera ferra  
Invitant jugulis vulnera rara suis.  
Hortantes se clade sua sic, ire sub astra:  
Alter in alterius caede natavit herus.  
Adjuvit rapidas Rhodani fons sanguinis undas  
Tinxit et alpinas ira cruenta nives.

San Mauricio fué mirado en todos tiempos como la puerta del Valés; en efecto, las dos cordilleras de montañas en medio de las cuales se estiende el valle, se aproximan y reunen de tal manera, que por la noche se puede cerrar este desfiladero con una puerta. César habia comprendido de tal manera la importancia de este paso que habia hecho añadir fortificaciones á su fortaleza natural á fin de tener siempre á su disposicion el paso de los Alpes. En aquella época, San Mauricio se llamaba Tarnade, del nombre de un castillo vecino, *Castrum Tauredunense*, que quedó completamente enterrado en 562 cuando se desmoronó el monte Tauredunum.

Varias inscripciones sepulcrales afirman la antigüedad de San Mauricio, al mismo tiempo que acreditan lo inespugnable de su posicion, pues los romanos, que temian mas que todo la violacion de los sepulcros, tenian cuidado de colocar las cenizas de las personas á quienes apreciaban, al abrigo de la venganza de sus enemigos. La familia de los Severos, sobre todo, parece haber adoptado un lugar para su fúnebre morada. Las tres inscripciones que siguen dan fé de lo que hemos dicho, puesto que en la primera consta que Antonio Severo, habia hecho transportar de Narbona á Tarnade el cuerpo de su hijo.

D. M.

*Antoni II, Severi II, Narbone de-  
Funtii qui vixit annos XXV.  
Menses III. Diebus XXIV. Antonius  
Severus pater infelix corpus  
Deportatum hic condidit.*

*M. Pansio cor.  
M. Filio Severo  
II. Vir. Flamini  
Julia Decumina  
Marito*

D. PANSIO M. FL  
SEVERO ANNO XXXVI  
JULIA DECUMINA  
MATER  
FIL. PIENTISSIMO.

Tarnade habia permanecido siendo plaza

*Tali sine polos felix exercitus intrans,  
Junctus apostolicis plaudit honore choris  
Cingitur angelico super astra beata senatu,  
Mors suum unde prius lux fovet inde viros  
Qui faciunt sacrum Paradisi crescere censum  
Hacredes Domini luce perennedati,  
Sidereo chorus iste throno cum carne locandus.  
Cum veniet iudex, arbiter orbis eris.  
Sic pia turba simul, festinans cernere Christum,  
Ut coelos peteret de nece fecit iter,*

fuerte é importante bajo los emperadores, pues la legion Tebea mandada por San Mauricio y compuesta de seis mil seiscientos soldados, se encontraba allí de guarnicion cuando Maximiano quiso hacerla sacrificar á los falsos dioses, y toda ella firme en la fé naciente, prefirió el suplicio á la abjuracion. Poco despues, como las virgenes paganas que abrazan el cristianismo, Tarnade, bautizada con la sangre de los mártires, cambia de nombre y se denomina Agaune: la época precisa de este cambio se remonta al siglo IV, pues la carta Teodosiana que apareció por los años 380, la conserva aun su antiguo nombre, y diez años despues rotulaba San Martin el relicario que contenia los huesos de los tebanos: *reliquias de los mártires de Agaune*. Por lo demas, la conversion de Tarnade se remonta á una época mas lejana que la que hemos indicado aqui, si es que hemos de dar crédito á una inscripcion que ha llegado á ser la divisa de su casa consistorial: Era cristiana desde el año 58. *Cristiana sum. ab anno 58.*

La etimologia de la palabra *Agaune* ha ocupado mucho la erudicion de los sabios de la edad media: el monge de Agaune hace derivar este nombre de la palabra latina *Acaunus*, cuyo origen deducia de la céltica *Agaun*, que quiere decir, pais de las rocas. Otros piensan que fué San Antonio cuando iba de embajador cerca del emperador Maximiano, que se hallaba en Tréveris el año 385, el que determinó este cambio antes de dar al sitio en que los tebanos habian sido muertos, un nombre relativo á su martirio. Este santo prelado nos hace saber en una de sus cartas, que el lugar en donde se sepultó Sanson con todos los filisteos, bajo las ruinas del templo, lleva el nombre de *Agaunus*, de la palabra griega *Agon*. Festo, en su Vocabulario, da la significacion de esta palabra. *Agon*, era, segun él, la víctima que los emperadores inmolaban antes de emprender sus expediciones, á fin de obtener el favor de los dioses: San Jerónimo dice siempre *Agones martirum*, cuando habla de los combates de los mártires: en fin, llamábase *agaunisticis* á ciertos donatistas fanáticos que trataban de que los matasen. Nos parece que esta importante cuestion debe decidirse en favor de esta última version.

Sea de esto lo que fuere, hácia el siglo IX se añadió el nombre del gefe de la legion asesinada, al nombre que espresaba la matanza; y *Agaune* se llamó *San Mauricio de Agaune*; quedando por último entre nosotros con solo el nombre de San Mauricio.

Los milagros obrados por las reliquias de los mártires les dieron tal reputacion, que los obispos de las Galias, á quienes hacian falta santos en sus diócesis, enviaban á buscarlos á Agaune. Bien pronto los párrocos, celosos del privilegio de sus superiores, llevaron la indiscrecion hasta el pedir para su iglesia, el uno un brazo, el otro una pierna; de modo

que probablemente, por muchos huesos santos que hubiera, hubiesen desaparecido todos en aquel pillage, si el emperador Teodosio no hubiese dado un edicto que prohibia bajo las penas mas rigurosas abrir sus sepulcros. De este modo se salvaron del robo un millar de mártires y muchas botellas de su sangre. Para conservar este precioso depósito, donó Carlomagno á San Mauricio una cántara de ágata que ha conservado hasta nuestros dias el tesoro de la villa. Dióle tambien al mismo tiempo una mesa de oro, de peso de sesenta marcos, y enriquecida de diamantes, destinada para la comunión; sirvió para los gastos del viage de Amadeo III, conde de Saboya, á la Tierra Santa.

Me he estendido sobre los recuerdos antiguos de San Mauricio, en atencion á que al salir de la villa es imposible llevar ningun recuerdo moderno, y he procedido con ella lo mismo que con nuestros nobles actuales, á quienes por política llamo aun con sus antiguos nombres.

Apenas he salido de San Mauricio, divisé al mirar á la derecha, la pequeña ermita de Nuestra Señora de Bex, edificada, ó mas bien elevada á la altura de ochocientos pies, contra la pared de una roca. Súbese á ella por una senda estrecha, sin barandilla, ancha en algunos parages menos de diez y ocho pulgadas. Está habitada por un ciego.

Mil pasos mas lejos, á la derecha del camino, y despues de andar diez minutos, se encuentra la capillita de Veroliez, construida en el mismo sitio en que padeció el martirio San Mauricio. En la época en que sucedió esto, el Ródano pasaba al pie del montecillo en que se verificó el suplicio, y la cabeza del santo cayó rodando hasta el rio, en el que desapareció.

Ya eran las tres de la tarde, y yo queria llegar á comer á Martigny; deseaba dedicar algun tiempo en ver la cascada de Pissevache, que me habian ponderado como una de las maravillas de la Suiza. En efecto, á la media hora de camino, y al doblar un recodo, la divisé á lo lejos, cortándose sobre su negro peñasco, cual un rio de leche que se precipitase de la montaña. El agua es siempre una cosa admirable en cualquier punto de vista; es en un paisaje lo que un espejo en una habitacion; es el mas animado de todos los objetos inanimados; pero una cascada es superior á todos. Es verdaderamente el agua viviente: cree uno que hasta tiene alma. Interesan á uno los espumosos esfuerzos que hace al estrellarse contra las rocas; se escucha su ruidosa voz que gime al precipitarse; se lamenta uno por su caida de que no le consuela la espléndida gasa que con sus rayos le echa el sol al pasar; despues finalmente, se la acompaña con interés en su carrera mas tranquila en medio del valle, cual se acompaña en el mundo la existencia reposada de un amigo cuya mañana han agitado violentas pasiones.

Pissevache baja de una de las mas hermosas montañas del Valés, llamada Salanf: su caida es de una elevacion de cerca de cuatrocientos pies.

### EL BEEFSTEAK DE OSO.

Llegué al hotel de las postas de Martigny hácia las cuatro de la tarde.

—*Vive Dios!* dije al dueño de la casa colocando mi palo con punta de hierro en un ángulo de la chimenea, y colgando en la punta del palo mi sombrero de paja, hay desde Bex aqui una buena caminata.

—Seis leguas cortas del pais, caballero.

—Si, que hacen doce de Francia casi.—¿Y de aqui á Chamun?

—Nueve leguas.

—Gracias. Un guia para mañana á las seis.

—¿Irá el señor á pie?

—Siempre.

Al decir esto observé que mis piernas adquiririan gran consideracion en el ánimo de nuestro fondista, era sin duda á costa de mi posicion.

—¿El señor es artista? continuó el fondista.

—Una cosa así.

—¿El señor come?

—Todos los dias, religiosamente.

En efecto, como las mesas redondas son bastante caras en Suiza y cada comida cuesta cuatro francos, precio fijado de antemano y del cual no hay nunca rebaja, hacia largo tiempo que yo trataba en mis proyectos económicos de sacar alguna ventaja de esto. Al fin de largas y profundas meditaciones llegué á encontrar un término medio entre la rigidez escrupulosa de los fondistas y mi conciencia. Era el no levantarme jamás de la mesa sin haber comido el equivalente de los seis francos: de esta manera mi comida no me costaba mas que cuarenta sueldos. Solamente cuando me veian cebarme en un plato y me oian decir: *Mozo, otra cosa*, el fondista murmuraba entre dientes: hé aqui un inglés que habla divinamente el francés.

Bien veis ya que el dueño de la fonda de Martigny no estaba dotado de la ciencia Fisiognomónica de su compatriota Lavater, pues que se atrevia á dirigirme esta pregunta impertinente cuando menos.

—¿El señor come?

Quando hubo oido mi respuesta afirmativa contestó.

—Habeis tenido suerte, pues aun tenemos oso.

—¡Ah! ¡ah! dije yo medianamente satisfecho del asado.